

Newsletter semanal

30 de diciembre de 2020

Vol. 14

# ¿Qué pasa en los Estados Unidos?



## En este número

---

### Editorial

¿Qué nos espera para el 2021?

La sociedad compleja y la celebración del disenso (parte III)

El poder duro diluido y un poder blando dudoso, ¿qué pasará después de la era Trump en los Estados Unidos?

Finaliza uno de los años más particulares de la historia reciente. La inesperada crisis generada por la aparición del Covid-19 hizo que sucesivos gobiernos autoritarios alrededor del mundo aprovecharan la ocasión para intentar acaparar más poder y, consecuentemente, debilitar aún más los desafiados derechos individuales. La crisis comenzó en la ciudad de Wuhan (China), en el corazón de una sociedad cerrada y autoritaria. La propia dinámica de esa sociedad cerrada hizo que primara la opacidad y la represión y, como ya es parte conocida de la historia, eso llevó a una demora decisiva para enfrentar la pandemia con eficiencia.

El trágico problema fue generado entonces por los propios incentivos de una sociedad autoritaria y, hoy sabemos, va camino a resolverse por los incentivos generados dentro de las prósperas sociedades abiertas, donde una clara delimitación de los derechos de propiedad ha hecho posible que los agentes económicos indicados invirtieran los recursos necesarios para encontrar la vacuna adecuada en tiempo record. Así, aquello que parecía un desafío inédito a los pilares de la democracia liberal y a su capacidad para resolver problemas en forma plural y eficiente, devino en una saludable muestra del estado de la ciencia occidental, es decir, del estado de la investigación científica en el corazón de las sociedades abiertas y prósperas, donde la transparencia es una condición social para una vida tolerante y es una condición económica para la asignación eficiente de los recursos escasos.

Este notable (aunque bastante previsible) nuevo triunfo de las democracias liberales capitalistas por sobre distintas formas de estatismos y capitalismo autoritarios ha pasado, sin embargo, mayormente desapercibido. Es un costo que, trágicamente, internalizado desde la caída del muro de Berlín: por algún motivo, nos hemos

acostumbrado tanto a las soluciones brindadas por la pujante sociedad civil de occidente como a los problemas generados por las sociedades cerradas no occidentales. Esta es la norma y, cuando eso no sucede, decodificamos la anomalía como el inicio de una crisis terminal de las democracias liberales. Esta era la creencia (y también la esperanza) de muchos en enero de 2020. Lamentablemente para ellos, las dinámicas sociedades abiertas siguen demostrando una particular capacidad para innovar en escenarios difíciles.

Por su parte, el próximo 20 de enero se celebrará en Washington, DC la transición del mando entre Donald Trump y Joe Biden. Será un día de celebración para las instituciones del país que se ha convertido en la democracia más longeva y exitosa de la historia moderna. Será también un día donde se escenificará la difícil coyuntura que atraviesa esa fascinante experiencia denominada Estados Unidos de América.



## ¿Qué nos espera para el 2021?

El año político en los Estados Unidos va a comenzar de manera muy agitada con la definición de los dos asientos del Estado de Georgia para el Senado. Con esto se definirá quien tendrá la mayoría en la cámara alta.

Esta competencia es muy importante para Joe Biden, el próximo presidente de los Estados Unidos, ya que si el Partido Demócrata gana las dos carreras tendría la posibilidad de controlar ambas cámaras y la Casa Blanca. Hoy el Partido Demócrata tiene dos alas diferentes. Un ala radical progresista liderada por Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez (AOC). Por el otro lado, los moderados liderados por Joe Biden y Hillary Clinton. Controlar las dos cámaras nos va a mostrar en parte cómo Biden pero, principalmente, cómo Kamala Harris maneja y lleva las negociaciones con las diferentes agendas que presenta el partido, mostrándonos si es que realmente tiene la capacidad para poder ser la principal candidata por los Demócratas para las elecciones de 2024.



En uno de los primeros newsletters del año, Pedro Isern, en su artículo “¿Quién es Kamala Harris?”, hacía la siguiente distinción sobre su posible accionar como Vice-presidente: “Kamala Harris personifica muchas virtudes que han hecho de los Estados Unidos una experiencia excepcional: inmigración, federalismo y derechos civiles. Harris representa a dos minorías: las mujeres y los afroamericanos. Es segunda de una fórmula encabezada por un hombre blanco, viejo y rico que hace, literalmente, 47 años se encuentra en el poder en Washington DC. Es necesario repetirlo: si ganaran los demócratas las elecciones del próximo 3 de noviembre habrá en el mediano plazo, incluso antes, un rol inédito en la historia del país para una mujer afroamericana. Mientras por un lado es evidente que Biden no se presentaría a una hipotética reelección en el 2024, también parece claro que no ejercerá el poder en la Casa Blanca como un presidente tradicional. Por un lado, lideraría un país dividido, por otro lado, lideraría una coalición con dos espacios distanciados. Más aún, incluso si ambas condiciones no estuvieran presentes, Biden refleja ciertas limitaciones físicas que hacen recomendable desde el inicio un ejercicio compartido en la administración pública.”

Por el otro lado, para los Republicanos una derrota en el Senado representaría un golpe importante porque, a pesar de hacer un buen papel en las elecciones de la Cámara Baja, igualmente no tendría el

control sobre el Poder Legislativo ni sobre el Poder Ejecutivo, dejando un libre accionar a los Demócratas para pasar su agenda. Esta hipotética derrota sería también un golpe final para una aspiración de Trump de cara al 2024. Si los Republicanos mantuvieran la mayoría en el Senado se podría decir que, a pesar de perder la Casa Blanca por 70 mil votos, ha tenido una muy buena elección. Es decir, el potencial triunfo en Georgia también daría una plataforma para que Trump y el Trumpismo sigan siendo un ala fuerte dentro del Partido Republicano.

También vale la pena recordar una de las grandes victorias de Trump en el 2020: la nominación de Amy Coney Barrett para la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos. En la editorial del 4to Newsletter se realiza una reflexión sobre Amy Coney Barrett y la composición de la Corte Suprema. Es recomendable su lectura para entender por qué es una victoria del Partido Republicano.

Del futuro del partido Republicano surge un interrogante, si Donald Trump no fuera el candidato para el 2024 ¿Quién sería? Esta pregunta la iremos respondiendo en el próximo año, armando diferentes perfiles para entender hacia dónde se dirige el Grand Old Party (GOP).

Volviendo a Georgia, es importante destacar la estrategia presentada por el Partido Demócrata para estos Run-Off. En el artículo "Georgia Run Off: El senado en juego" del último Newsletter sostuvimos que "(Los Demócratas) decidieron presentar candidatos de diferentes minorías que se ajustaran más a los pensamientos que tiene el partido en general y no en buscar como candidatos hombres blancos con un pensamiento conservador que se asemeje más al pensamiento de los Republicanos. Esta estrategia ha funcionado bien en Georgia, haciendo las carreras muy competitivas y llevando ambas a un

Run Off. Fue así como para las carreras del Senado presentaron a John Ossoff, un joven periodista, blanco, proveniente de la comunidad judía y progresista, quien había sido el principal candidato en 2017 para ganar el 6to distrito de Georgia pero que finalmente perdió en el Run Off. Antes de eso trabajó para el congresista Hank Johnson y para John Lewis, dos pilares de la comunidad afroamericana en el Estado. Haber trabajado con ellos le dio la posibilidad de recibir el respaldo de esta comunidad y así aspirar al Senado. El segundo candidato Demócrata es Raphael Warnock, un pastor bautista afroamericano quien, a su vez, es pastor en

**Agustín Pizzichilo**  
**Fellow CESCOS**

## *La sociedad compleja y la celebración del disenso (parte III)*

Civilizar el disenso ha sido una de las principales aspiraciones de la experiencia americana. Esto ha sucedido a través de un proceso informal que ha decantado en una comunidad diversa donde ha convivido lo mejor, y a veces lo peor, de la gran civilización occidental.

El sofisticado pensador y ex diplomático portugués Bruno Maçães ha escrito “History Has Begun: The Birth of a New America” donde celebra el momento de ruptura que viven los Estados Unidos con su “Alma Mater”, la Europa iluminista. El autor no interpreta la ruptura como conflicto sino, como mencionamos en la segunda parte de esta saga, como la posibilidad del inicio de un nuevo recorrido de una nación que busca reinventarse en un permanente intento por experimentar. Sin embargo, la experimentación permanente puede suponer en algún momento correr el riesgo del fracaso. La posibilidad del fracaso es parte de la vida de los habitantes de los Estados Unidos desde su inicio, primero como comunidad, después como colonia y por último como una nación crecientemente compleja.

El filósofo británico John Gray ha escrito una reseña del libro de Maçães en The Newstateman, donde señala “For the Portuguese former diplomat Bruno Maçães, however, the decoupling of American culture from the objective world is a portent of great things to come. Finally shedding its European inheritance, America is creating a truly new world, “a new, indigenous American society, separate from modern Western civilisation, rooted in new feelings and thoughts”. The result, Maçães suggests, is that American politics has become a reality show. The country of Roosevelt and Eisenhower was one in which, however lofty the aspiration, there was always a sense that reality could prove refractory. The new America is built on the premise that the world can be transformed by reimagining it.”

La separación de la “moderna civilización occidental” que señala Gray corresponde a la arriesgada aspiración de una parte importante de la sociedad americana por explorar nuevas fronteras. El ejercicio de salida es una condición que ha estado siempre presente en la naturaleza humana pero que, como mencionamos, solo la sociedad americana ha sistematizado como un singular camino hacia la prosperidad individual. El nuevo quiebre que, según Maçães, están comenzando los Estados Unidos no es contra los cimientos filosóficos del iluminismo. En cambio, es la forma que tiene una nación joven (y que no quiere envejecer) para articular su permanente búsqueda de modos de vida inexplorados. Mientras que hasta mediados-finales del



siglo XIX esa permanente exploración fue geográfica y hasta mediados del siglo XX esa permanente búsqueda tuvo una dimensión institucional, ahora la negativa a envejecer apenas como un hijo más del milagro europeo se expresa en una nueva forma del ejercicio de salida que, según Maçães, significa escaparse de la realidad clásica de la política pero que, sin embargo, también puede repensarse como la estoica necesidad de imaginar e inventar nuevas fronteras y nuevas realidades. La sofisticada lectura que hace Gray del libro de Maçães asume tácitamente que el escape de la previsible realidad política no es hacia una ficción virtual inventada en Hollywood o Silicon Valley sino hacia una nueva ficción que el indomable optimismo americano convertirá en un nuevo modo de vida donde, seguramente, todos los habitantes del mundo serán bienvenidos a explorar.

Ese nuevo proyecto civilizatorio no es ficcional por imposible sino porque se encuentra en construcción. Esta construcción será obviamente compleja y difícil y, como mencionamos, su éxito no está en absoluto asegurado. La pregunta que gira en torno al libro (y a la profunda reseña de Gray) tiene que ver con el rol central del ejercicio de salida en la propia historia contemporánea de los Estados Unidos: al intentar salir hacia un nuevo lugar todavía virtual, y por lo tanto ficcional, ¿se encuentran los jóvenes Estados Unidos renegando de su rol central en la historia reciente de aquella idea que resumimos en el concepto de Occidente o, por el contrario, la ruptura con una civilización occidental que ha sido exitosa pero a veces se demuestra estancada no es acaso un noble intento por renovarla y mejorarla? Es, por cierto, una pregunta retórica porque, como es posible sospechar, tiene una fácil respuesta. Occidente no existiría sin los Estados Unidos y una nueva (y

riesgosa) manera de mantener el (real) sueño de la inédita e inclusiva prosperidad acontecida en el Atlántico norte en los últimos 100 años es buscar una nueva frontera. Esa búsqueda de lo desconocido es hoy una riesgosa ficción pero, probablemente, se convierta en la noble realidad del mañana.

Sostiene Maçães que “In a book published in 1962, the historian Daniel Boorstin could already warn his contemporaries that “we risk being the first people in history to have been able to make their illusions so vivid, so persuasive, so realistic that they can live in them. We are the most illusioned people on Earth. Yet we dare not become disillusioned, because our illusions are the very house in which we live; they are our news, our heroes, our adventure, our forms of art, our very experience.” Americans have been leading a double life, Norman Mailer suggested in 1960, and American history has moved on two rivers, one visible, the other underground. There has been the history of politics, which is concrete, factual, practical and dull, and also a subterranean river of romantic desires, the dream life of the nation. The springs of this underground river “he (se refiere a Norman Mailer) located in that moment when the frontier was finally conquered and the expansion turned inward, becoming part of an agitated, overexcited, superheated dream life. The romantic possibilities of the old conquest of land turned into a vertical myth, trapped within the skull and shamelessly exploited by the Hollywood film studios. With Kennedy the subterranean river, its violent force, was felt at the surface.” El párrafo es fascinante: habiéndose “terminado la posibilidad de expandir la frontera hacia afuera”, la expansión giraría entonces hacia adentro, contribuyendo a producir modos de vida aún más excitados y agitados.

El argumento de Maçães es original y ha recibido

comentarios elogiosos pero, por cierto, puede ser atacado desde distintos flancos. Por ejemplo, Kiron Skinner, ex director de la oficina de planeamiento de políticas del Departamento de Estado de los Estados Unidos, marcó que “This insightful book makes bold and counterintuitive arguments. The international system is poised for the flourishing of cultural and political diversity among nation states. At the same time, this can and should be another American Century. This round requires the United States creatively to remake itself inside and out.” mientras que Yaroslav Trofimov, corresponsal jefe del Wall Street Journal, sostuvo que “Bruno Maçães has written an erudite, thought-provoking exploration of how the world is affected by a post-truth America, an America where the line between reality and entertainment is no longer discernible, and where the hallowed concept of the “West” is losing its meaning.’

Gray finaliza remarcando que “Maçães welcomes this situation (se refiere a la ruptura tácita con Europa), since it shows that American history has finally begun. As he puts it at the end of this refreshingly bold and deeply thought-stirring book, “For America the age of nation-building is over. The age of world-building has begun.” Gray es un filósofo erudito y una persona escéptica y su oración final está cargada de ironía. El libro de Maçães genera mas preguntas que respuestas que intentaremos profundizar en la próxima parte.

**Pedro Isern**

**Director Ejecutivo CESCOS**

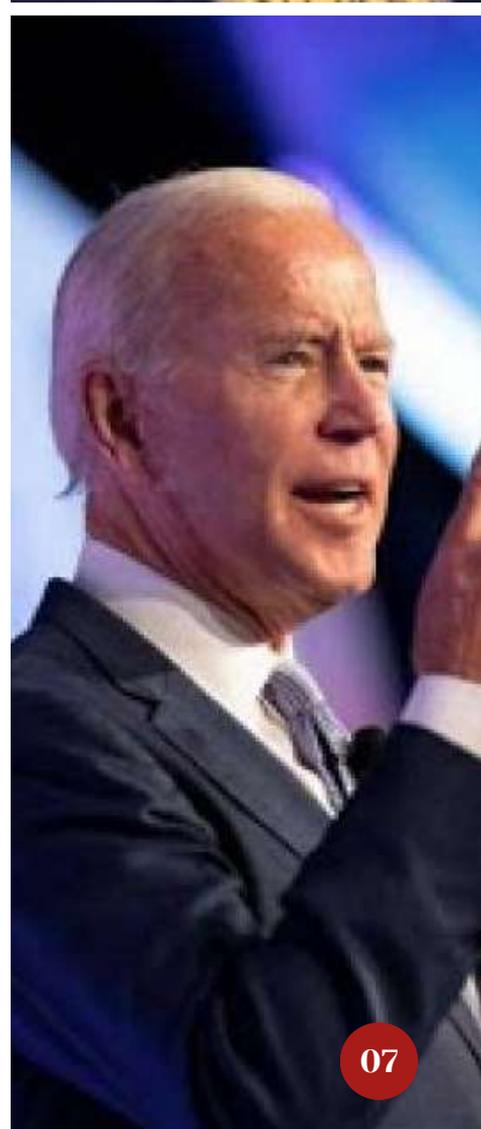
## *El poder duro diluido y un poder blando dudoso, ¿qué pasará después de la era Trump en los Estados Unidos?*

La tipología del poder –duro, suave e inteligente– de Joseph Nye parece estar a la vanguardia del entendimiento de tan importante concepto. Las especulaciones sobre la cantidad y calidad del poder de los Estados suele tener cierto encanto entre los intelectuales. Un tema que resulta por demás necesario para el entendimiento acabado de la Ciencia Política en general y de las relaciones internacionales en particular.

Curiosamente, hubo quienes buscaron estimar el poder de un Estado a partir de diversas fórmulas, las cuales mantenían una cierta aproximación matemática. Por ejemplo, Ray Cline, un alto funcionario de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) en la década de los 70', decretó que el poder percibido era la suma de la población, territorio, economía, ejército de un Estado, multiplicado por su estrategia y voluntad. Sin embargo, esta aseveración no tuvo su correlato en la práctica: la Unión Soviética era dos veces más poderosa que Estados Unidos y, sin embargo, el fin de la Guerra Fría y el nuevo orden que reconfiguró un sistema bipolar en un nuevo mundo unipolar con una única potencia hegemónica ya es historia conocida.

Esta idea nos hace pensar en una clara definición de poder duro (Hard Power) que consiste en modificar el comportamiento de otros Estados mediante el uso o la amenaza del poder militar o la presión económica. Mientras que, en contraposición, el poder blando busca persuadir, más que obligar, a otros Estados. Así, el poder blando (Soft Power) es mucho menos tangible que el duro: se basa en la imagen de un país y su sociedad, el alcance de su diplomacia, sus manifestaciones culturales o los valores políticos que defiende. Todo ello puede servir para modificar la percepción y el comportamiento de terceros Estados.

El índice Soft Power 30, creado por la consultora política Portland, es una lista anual de los países con mayor poder blando del mundo, teniendo en cuenta diferentes aspectos, como la capacidad digital, el tamaño de la diplomacia, el alcance global de la cultura o la influencia del modelo económico. Según este índice, los cinco países con mayor poder blando en 2019 eran Francia, el Reino Unido, Alemania, Suecia y Estados Unidos. Además, están presentes en el índice potencias cada vez más interesadas en influir por esta vía como China, que está invirtiendo enormemente en su poder blando.



Sin embargo, son muchos quienes aseguraron que la presidencia de Donald Trump erosionó el poder blando de los Estados Unidos. Está claro que el país del norte no es el mismo que el que era cuando se acuñaron las terminologías propuestas por Nye. Haciendo también referencia al poder duro, en aquel entonces Estados Unidos resultaba victorioso en la Guerra Fría y parecía que las fuentes del poder norteamericano eran inagotables. Gozaba de una indisputada superioridad militar y primacía económica. Adicionalmente, su cultura, instituciones e ideología eran el modelo a seguir en gran parte del mundo. A esto hay que sumarle la influencia ejercida a través de organizaciones multilaterales que moldeaban el sistema internacional de manera favorable a los intereses de Washington.

El poder duro se diluye ante los BRICS, Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, todos ellos consideradas economías emergentes con un gran potencial, que pueden llegar a estar entre las economías dominantes a mediados de siglo. Además, cabe destacar que, en cuestiones tecnológicas, China parece haber llegado primero a ciertas tecnologías fundamentales, como es el caso del polémico 5G. A su vez, en materia diplomática el Gobierno de Donald Trump desatendió la relación con aliados tradicionales, al tiempo que redujo su participación y apoyo a los organismos multilaterales. Por ejemplo, recordamos la “guerra comercial” contra Europa cuando en 2019 anunció que se aplicarían aranceles por 11 millones de dólares contra bienes procedentes de la Unión Europea (UE); la salida del Consejo de Derechos Humanos de la ONU por considerarlo una “organización hipócrita” en el 2018; la suspensión temporal de aportes económicos a la OMS durante la pandemia por el COVID-19; entre tantos otros.

Por otro lado, el poder suave entendido como la persuasión para adherirse a normas, valores, aspiraciones y pautas culturales, pareciera ser también un aspecto dudoso durante la era Trump. Como hablamos en ediciones anteriores, durante estos últimos cuatro años hubo retrocesos en materia de derechos, tanto en la libertad de expresión como en la igualdad de género y el cupo femenino en puestos de alto rango. En cuanto al primero, Norteamérica se ubicó en el puesto número 45 de 180 países en el informe titulado “Clasificación mundial de la libertad de prensa 2020”, e incluso Trump fue categorizado como el presidente que demostró mayor “desprecio” por la prensa en toda la historia del país. En cuanto al segundo, si hacemos foco en la participación femenina en la política, según datos oficiales de Global Gender Gap Report 2015, 2016 y 2017, sobre el subíndice de empoderamiento político que se vincula a la presencia de mujeres tanto en el ámbito legislativo como en el ejecutivo, Estados Unidos cayó 24 puntos entre el 2015 y el 2017, pasando de ocupar el puesto 72 en el ranking al puesto número 96.

**Para pensar, ¿qué cambios augura la llegada de Joe Biden a la presidencia?**

**Lucía Salvini**  
**Fellow CESCOS**

**Número 14, año 1**  
**Diciembre 30 de 2020**

## **Editores**

Pedro Isern y Agustín Pizzichilo

Asistentes: Angelo Bardini; Lucia Salvini; María Virginia Martínez; Pilar Fazio

Otros links de interés:

- ¿Qué pasa en Estados Unidos? Ante el desafío de la pandemia, las elecciones y china: <https://bit.ly/3oFVW8y>
- Open lecture: <https://bit.ly/3eaZdb7>

Podcast - ¿Cuál es el plan?

- [Impeachment contra Donald Trump](#)
- [Elecciones primarias en Estados Unidos](#)
- [Racismo en USA](#)
- [Trump positivo COVID 19 y el primer debate en la recta final - Parte I](#)
- [Trump positivo COVID 19 y el primer debate en la recta final -Parte II](#)



**Un proyecto de CESCOS**

**Para más información ingresá en [www.cescos.org](http://www.cescos.org)**